

G-53
P. OVIDIO NASÓN.

ELEGÍA III DEL LIBRO DE LOS TRISTES.

ESTUDIO
PARA UNA VERSIÓN CASTELLANA
EN TERCETOS ENDECASÍLABOS,

POR
JOSÉ VENTURA TRAVESET,

precedida ésta de una carta-prólogo

DE

D. JOAQUÍN M.^A DE LOS REYES GARCÍA,
Catedrático de Retórica y Poética del Instituto
Provincial de Granada.



GRANADA.

IMPRENTA DE PAULINO VENTURA SABATEL,
Mesones, 52.
1883.

R

17201476

R. 28930

P. OVIDIO NASÓN.

ELEGÍA III

DEL LIBRO DE LOS TRISTES.

ESTUDIO

PARA UNA VERSIÓN CASTELLANA

EN TERCETOS ENDECASÍLABOS,

POR

JOSÉ VENTURA TRAVESET,

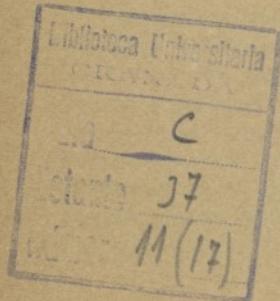
precedida de una carta-prólogo

DE

D. JOAQUÍN M.^A DE LOS REYES GARCÍA,

Catedrático de Retórica y Poética del Instituto

Provincial de Granada.



GRANADA.

IMPRENTA DE PAULINO VENTURA SABATEL,

Mesones, 52.

1883.



Pregalada a la Biblioteca
de la Universidad de Granada
por el

Autor

SR. D. JOAQUÍN M.^A DE LOS REYES GARCÍA

CATEDRÁTICO DE RETÓRICA Y POÉTICA

DE ESTE INSTITUTO PROVINCIAL.

MUY SR. MÍO Y DISTINGUIDO AMIGO: Cuando tenía diez y ocho años, procuraba perfeccionarme llevado de mi natural afición, sin pretensiones de ningún género y con el solo objeto de alimentar mi fantasía, en los poetas clásicos latinos. Producto de este estudio fué un ensayo de una versión en tercetos endecasílabos de la Elegía III de Ovidio del Libro de los Tristes *Cum subit*, cuyo trabajo leí entre mis compañeros de letras y fué objeto de elogios immercedidos, principalmente por mi querido amigo el Sr. D. José María de la Rosa y Mesa, el que me manifestó vivísimos deseos de que lo diera á la luz pública.

Han trascurrido tres años y no ha cesado en su constante empeño de que lo encomiende á la tipografía, desvaneciendo mis temores á las censuras, diciéndome á este propósito con Boileau la sabida sentencia de que «la crítica es fácil y el arte difícil.»

Deseando secundar sus deseos para darle así una prueba de mi amistad, y abrigando la idea de contribuir en algo á despertar la afición en la juventud estudiosa al cultivo de los clásicos latinos, así como reconociendo que no existe gran mérito en dicha versión, le dirijo á V. ésta acompañándola de los originales para que, una vez examinados, tenga á bien escribirme su juicio á manera de prólogo; y colocando al frente de mi pobre estudio una firma tan autorizada en la república de las letras para atenuar en parte mi insuficiencia, y así mismo rogándole se digne aceptar esta humilde producción de mi ingenio que le dedico, le anticipa las más expresivas gracias su afmo. s. s. y amigo

Q. B. S. M.

J. VENTURA.

GRANADA JULIO DE 1883.

Sr. D. José Ventura Traveset.

MI AMIGO Y SEÑOR: Error del afecto que V. me tiene ha sido sin duda la causa de que desee ampararse de mi nombre para dar á luz su primera obra literaria. Desnudo de merecimientos y de fama, no puedo dar abrigo á quién le convendría más aparecer al público sin más títulos que su propio mérito, que nó con la recomendación de un desconocido. Pero en fin, ya que V. lo quiere, le diré en pocas palabras mi juicio sobre su traducción.

Ante todo debo decirle que soy algo descontentadizo en achaques de poesía. De mi natural soy muy exigente en querer suma perfección en las cosas que no son de absoluta necesidad, y aprendí desde niño en Horacio que «en los poetas nadie tolera la mediocria,» lo cual sea dicho para dar mayor fuerza al ménos por este lado á mis elogios y disculpar mis censuras.

Lo primero que hallo digno de alabanza es que en edad temprana se dedicara á perfeccionar su gusto literario en la traducción de los clásicos, y su noble propósito de publicar este ensayo para estímulo de ciertos jóvenes de hoy que atiborran de una fraseología pedantesca y de unos cuantos períodos retumbantes é hinchados, sus cabezas vacias de todo conocimiento sólido. Á pesar de la violenta guerra que de opuestos campos se hace á los clásicos, es lo cierto que para ver la hermosura de la naturaleza há menester el hombre de intérpretes que le expliquen el secreto de su rica belleza y la eficacia del lenguaje humano para expresar los recónditos conceptos internos del ánimo, en lo cual fueron maestros los buenos escritores griegos y latinos. Verdad que no podian los paganos descubrir multitud de bellezas que sólo alcanza el ingenio del hombre adoctrinado y educado por la fe católica; pero esta no vino al mundo á destruir la naturaleza sino á ordenarla y realzarla. Cicerón decia «que así como el que pasea al sol va gradualmente tomando color, así cuando él leía los autores clásicos, sentía que su oración se iba coloreando con la luz y el ca-

lor de aquellos.» No es sin embargo Ovidio el más digno de imitación; antes bien Quíntiliano más de una vez le tacha de lascivo, y dice «que sólo en parte se ha de elogiar.» Otros defectos tiene; pero V. ha cuidado de traducir una de sus composiciones más inofensivas y de interés en todos los tiempos, porque en ella pinta la desolación de su alma y de sus dudos y amigos la noche que hubo de salir de Roma desterrado por Octavio.

Si en todas las obras de la inteligencia se ha tener presente el fin á que se ordenan, pues como dice el P. Granada, «en las cosas que se ordenan para un fin, la regla y medida para encaminarlas se toma del mismo fin» no hay razón para que las traducciones se eximan de esta ley. Antes bien, del diverso blanco á que mira el traductor nace la distinta manera y norma que ha de guardar en la versión; porque unas veces puede proponerse el que traduce trasladar á otro idioma no solo el pensamiento sino hasta las palabras de la obra que vierte, más otras es su principal propósito hacer lo que el autor hubiera hecho, á haber escrito en el idioma en donde se vierte la composición. Entónces debe haber mayor libertad en el traducir y se ha de buscar nō aquella frase que corresponde literalmente en la traducción al original, sino la que tenga virtud para excitar el mismo sentimiento que se propuso despertar el autor. Y cuando la traducción es en verso, si apremia la ligadura, amplífuese el pensamiento, nō debilitándolo, sino exornándolo con una figura no impropia ni del asunto ni de la época y patria del autor, y si á manos viene, deshágase de algún detalle menos importante, mayormente cuando se traduce un poeta como Ovidio que peca de empalagoso por lo prolíjo y lo sentimental.

Veo que ha usado de aquella libertad de amplificar el pensamiento y aun á veces la ha excedido; pero le disculpa su empeño en consagrar á cada dístico un terceto. Á esta amplificación se deben dos bellezas de la traducción: me refiero á aquel verso

«Moja el llanto el rincón antes enjuto»

y al otro

«Que los demás me tienen ya en olvido.»

En el primero tiene la traducción una antítesis de que carece el original que le da mucha viveza al pensamiento y que es muy natural. El segundo es de buen corte y buena casta; está además impregnado de amargura y desaliento: es el quejido del que se ve abandonado en el momento de la aflicción. Pero en cambio noto algunos epítetos que huelgan y que la necesidad de completar ó rimar el verso le ha hecho decir cosas que no están en el ori-



ginal ni añaden valor á la expresión del sentimiento. Lo de las *exequias cortesanas*, me parece oscuro. En fin, para terminar daré á V. un consejo que le sirva en los trabajos sucesivos que haga, dado que el presente es un ensayo que debe animarle: *la ley de la unidad exige que se deseche todo pensamiento, todo afecto, toda figura, toda gala y toda palabra que no lleve al fin de la composición.*

De ensayo he calificado su trabajo y como tal es digno de elogio y prenda de mejores frutos que ha de dar su ingenio de V. si estudia y analiza con detenimiento los clásicos.

Doy á V. las gracias por la distinción con que me ha honrado.
Su afmo. s. s.

Q. B. S. M.

JOAQUÍN MARÍA DE LOS REYES GARCÍA.

GRANADA AGOSTO DE 1883.

P. OVIDIUS NASO.

ELEGIA III LIBRI TRISTIUM. (a)

Cum subit illius tristissima noctis imago,
Quae mihi supremum tempus in urbe fuit;
Cum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui;
Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.

Jam prope lux aderat, qua me discedere Caesar
Finibus extremae jusserrat Ausoniae. (b)

Nec mens, nec spatium fuerant satis apta paranti:
Torpuerant longa pectora nostra mora.

Non mihi servorum, comitis non cura legendi,
Non aptae profugo vestis opisve fuit.
Non aliter stupui, quam qui Jovis ignibus ictus
Vivit, et est vitae nescius ipse sua.

Ut tamen hanc animo nubem dolor ipse removit,
Et tandem sensus convaluere mei,
Alloquor extremum moestos abiturus amicos,

P. OVIDIO NASÓN.

ELEGÍA III DEL LIBRO DE LOS TRISTES.

Cuando en mi mente alguna vez asoma
La triste imagen del fatal momento
Que fué el postrero de mi estancia en Roma;

Cuando el negro recuerdo bullir siento
De la noche, terrible pesadilla,
En que dejé mis Lares, mi contento,

Aun todavía, pensando en mi mancilla
Las lágrimas, señal de pesadumbre,
Resbalan por mi pálida mejilla.

Ya se acercaba el dia de incertidumbre
En que el César me había requerido
Á abandonar la Capitolia cumbre:

El ánimo de pena entorpecido
No me daba lugar á prepararme
Y estupefacto estaba y confundido

No curé por entonces rodearme
De siervos, ni elegir un compañero
Que en mi duelo pudiese consolarme;

Tampoco tuve afán ni de dinero,
Ni de bienes, ni túnica debida
Al que es proscripto noble y caballero.

De igual modo quedó mi alma aturdida
Que el que por Jove herido con un rayo
Vive ignorando si quedó con vida.

Cuando el dolor me aparta este desmayo
Y algún tanto recobro ya el sentido,
Por vez postrera en conversar me explayo
Con mis tristes amigos, abatido....



Qui modo de multis unus et alter erant.

Uxor amans flentem flens acrius ipsa tenebat,

Imbre per indignas usque cadente genas.

Nata procul Lybicis aberat diversa sub oris,

(c)

Nec poterat fati certior esse mei.

Quocumque adspiceres, luctus gemitusque sonabant,

Formaque non taciti funeris intus erat.

Femina, virque, meo pueri quoque funere moerent:

Inque domo lacrymas angulus omnis habet.

Si licet exemplis in parvo grandibus uti:

Haec facies Trojae, cum caperetur, erat.

(d)

Jamque quiescebant voces hominumque canumque,

(e)

Lunaque nocturnos alta regebat equos.

Hanc ego suspiciens, et ab hac Capitolia cernens,

(f)

Quae nostro frustra juncta fuere Lari.

(g)

Numina vicinis habitantia sedibus, inquam,

Jamque oculis numquam templa videnda meis,

Dique relinquendi, quos urbs habet alta Quirini,

(h)

Este salutati tempus in omne mihi.

Et quamquam sero clypeum post vulnera sumo;

Attamen hanc odiis exonerare fugam;

Y encuentro pocos fieles á mi lado,
Que los demás me tienen ya en olvido.

Mi amante esposa, el pecho traspasado,
Estrechaba en su seno tiernamente
Al que fué ayer poeta laureado

Y que hoy llorando vergonzosamente
Sus expiatoras lágrimas unía
Al llanto de la cónyuge inocente,

Y mi amada Perila ni aun sabía
De la Libia en las costas africanas
La pena que á su padre entristecía.

Doquier mires... ¡miserias son humanas!...
Lágrimas hallarás y triste luto
A manera de exequias cortesanas;
Mujeres, hombres, niños, en tributo
Cada cual de mis penas se commueve:
Moja el llanto el rincón antes enjuto!...

Si el desgraciado vate usar atreve
En lo pequeño ejemplos desmedidos,
Esta de Troya fué la imagen leve.

Mas ya no se oían voces ni ladridos
Y la elevada Luna gobernaba
Sus nocturnos caballos atrevidos,

Cuando viéndola, advierto que alumbraba
Del Capitolio templo la techumbre
Que á mi morada en vano ya amparaba:
¡Deidades! —dije— que teneis costumbre
De habitar ese templo que este instante
El último será que lo vislumbre!...

¡Dioses que he de dejar! ¡Jove Tonante
Que habitas del Quirino la alta loma...
Todos oid mi adios agonizante,

Y aunque tarde mi escudo el brazo toma
Después de herido, os ruego sin embargo
Que de odio me libreis dejando Roma,

Coelestique viro, quis me deceperit error, (i)

Dicite: pro culpa ne scelus esse putet. (j)

Ut, quod vos scitis, poenae quoque sentiat auctor:

Placato possum non miser esse Deo. (l)

Hac prece adoravi superos ego, pluribus uxori,

Singulu medios praepediente sonos.

Illa etiam, ante Lares passis prostrata capillis, (m)

Contigit extinctos ore tremente focos;

Multaque in adversos effudit verba Penates, (n)

Pro deplorato non valitura viro.

Jamque morae spatium nox praecipitata negabat,

Versaque ab axe suo Parrhasis Arctos erat. (o)

Quid facerem? blando patriae retinebar amore,

Ultima sed jussae nox erat illa fugae.

Ah! quoties aliquo, dixi, properante, quid urges?

Vel quo festines ire, vel unde, vide.

Ah! quoties certam me sum mentitus habere

Horam: propositae quae foret apta viae.

Ter limen tetigi; ter sum revocatus; et ipse

Y al Celestial Varón os doy encargo
Pregunteis en qué falta incurrir pude
A que crimen me impute error amargo;
 Permitidme que el César nunca dude
Lo que sabeis vosotros, ¡Dioses Santos!
Y aplacado ya, espero que me ayude!

Esta súplica alcé; muchas con llantos
Mi esposa, y el ruego lastimoso
Cortaba sus sollozos y quebrantos

Postrada ante los Lares, su sedoso
Cabello suelto, boca temblorosa
Y besando el frío hogar todavía humoso.

Palabras pronunció triste y llorosa
A los Lares, adversos ya conmigo,
Que para mí fué cosa infructuosa.

Ya la avanzada noche que maldigo
Negaba el detenerme ni un momento;
También la Osa mayor, como en castigo

Y aumentando mi pena, mi tormento,
Cual reloj, una vuelta sobre el eje
Acababa de dar al firmamento.

¿Qué debo hacer? No deja que me aleje
El dulce amor á mi estimado suelo...
¡Y es preciso que á Italia esta vez deje...!

¡Ay!! Cuántas veces, ¡juro por el cielo!
Viendo partir de Roma un desterrado,
¿Por qué corres? —le dije con anhelo;—

¿Acaso no conoces, desdichado,
De qué tierra apresuras tu salida
Y á cuál tendrás que huir precipitado?

¡Cuántas veces mentí, de mi partida
Diciendo que ya cierta se acercaba
La hora apta á mi obligada huida!

Tres veces los umbrales ya tocaba
Y otras tres retrocedo á mi aposento

Indulgens animo pes mihi tardus erat.
Saepe, vale dicto, rursus sum multa locutus,
Et quasi descendens oscula summa dedi.
Saepe eadem mandata dedi; meque ipse fecelli,
Respiciens oculis pignora cara meis.
Denique quid propero? Scythia est, quo mittimur, inquam: (p)
Roma relinqua est: utraque justa mora est,
Uxor in aeternum vivo mihi viva negatur,
Et domus, et fidae dulcia membra domus,
Quosque ego fraterno dilexi more sodales:
O mihi Thesea pectora juncta fide! (q)
Dum licet, amplectar: numquam fortasse licebit;
Amplius in lucro, quae datur hora, mihi est.
Nec mora: sermonis verba imperfecta relinquo,
Complectens animo proxima quaeque meo.
Dum loquor et flemus, coelo nitidissimus alto,
Stella gravis nobis, Lucifer ortus erat. (r)
Dividor haud aliter, quam si mea membra relinquam,
Et pars abrumpi corpore visa suo est.
Sic Priamus doluit tum, cum in contraria versus (s)
Ultores habuit prodigionis equus.
Tum vero exoritur clamor gemitusque meorum,

Pues el alma los piés me sujetaba;
Mil veces me despido y al momento
Hablando me detengo ya de todo,
Dando el beso postrer, mi último aliento;
Mil veces con encargos incomodo
Y engañado recuerdo lo había hecho...
Mis prendas viendo de irme no hallo modo...
«Mas ¿por qué me apresuro? —con despecho
Exclamé:—Por el César soy enviado
A Escitía que aborrezco ya en mi pecho;
Y á Roma he de dejar... mi país amado...
¡Justa es mi detención dejando esto
Y partiendo, ay de mí desventurado!
Sin que el sol de mi vida se haya puesto
Me niegan á mi esposa y á vosotros
Los que amor fraternal os manifiesto.
Abracémonos, pues, unos á otros,
¡Oh vosotros tan fieles cual Teseo!
Ahora es lícito: luego nó á nosotros.
La tregua dada aprovechar deseo...
No hay tiempo; mis palabras no termino
Y abrazo fiel los que conmigo veo.
Mientras lloramos y en hablar me obstino
Aparece siniestro allá en el cielo
El nítido lucero matutino;
Ya lo mismo me arrancan de este suelo
Que si mis dulces miembros me dejase
Y una parte del cuerpo... ¡desconsuelo!...
Pareció me arrancaban de su base!.
¡Priamo así se dolía de su suerte
Viendo de Troya el cruento desenlace,
Cuando el caballo la traidora muerte
Preparó á los Troyanos, ocultando
Al griego vengador, bélico y fuerte!
Entónces mis parientes levantando

Et feriunt moestae pectora nuda manus:
Tunc vero conjux, humeris abeuntis inhaerens,
Miscuit haec lacrymis tristia dicta suis:
Non potes avelli: simul, ah! simul ibimus, inquit;
Te sequar, et conjux exulis exul ero:
Et mihi facta via est: et me capit ultima tellus:
Accedam profugae sarcina parva rati.
Te jubet e patria discedere Caesaris ira;
Me pietas: pietas haec mihi Caesar erit.
Talia tentabat, sic et tentaverat ante;
Vixque dedit vicias utilitate manus.
Egredior (sive illud erat sine funere ferri)
Squalidus immissis hirta per ora comis.
Illa dolore mei tenebris narratur obortis
Semianimis media procubuisse domo:
Utque resurrexit foedatis pulvere turpi
Crinibus, et gelida membra levavit humo;
Se modo, desertos modo complorasse Penates,
Nomen et erepti saepe vocasse viri:
Nec gemuisse minus, quam si nataeve meumve
Vidisset structos corpus habere rogos.

(t)

Mil lúgubres gemidos y clamores
Sus pechos hieren con las manos dando
 Y á mis hombros y cuello abrasadores,
Colgándose la dulce esposa mia
 Sus lágrimas mezcló, y entre temores:
 Quien te arranque de mí,—con agonía
Exclama la infeliz,—no habrál; marchemos,
 Juntos marchemos, pues que ya es de dia.
 Te seguiré del orbe á los extremos
Y proscripta también, seré la esposa
 Del proscripto en la patria de los Remos!
 Para mí está el camino, y presurosa
Aquella tierra me dará morada;
 No seré en tu bajel carga onerosa!
 A tí del César la ira despiadada
Te obliga á huir; á mí el amor sincero
 Y este amor es un César! ¡¡¡parta osada!!!
 Tal intentaba hacér, y á lo primero
Ideó; mas al fin por conveniencia
 Rindióse cual infausto prisionero.
 Salgo al fin (ó mejor: con existencia
Sin exequias me llevan á la fosa),
 Caido el cabello al rostro de clemencia.
 De mi esposa se cuenta, que llorosa
Estuvo como muerta en mi aposento
 Por el dolor hasta la noche umbrosa.
 Y volviendo del cruel abatimiento
Sus miembros del frio suelo levantaba
 Con el cabello en polvo ceniciente:
 Unas veces, á sí se lamentaba
Y otras á los Penates ya desiertos,
 Y las más por mi nombre me llamaba...
 ¡No lloró menos que si viese muertos
A mí junto á mi hija, y que la pira
 Estaba hecha, y nuestros cuerpos yertos!

Et voluisse mori, moriendo ponere sensus;

Respectuque tamen non posuisse mei.

Vivat; et absentem, quoniam sic fata tulerunt,

(v)

Vivat; et auxilio sublevet usque suo.

La muerte quiso darse ya con ira
Y dejar de sentir por este medio,
Mas su cariño á mí la idea retira.

Viva para mí ausente, aunque con tédio;
El hado inexorable así lo quiere.
Viva, á las penas dando algún remedio
Del desterrado que por ella muere.

NOTAS ACLARATORIAS.

(a)

Algo sobre la vida de Ovidio y argumento de esta elegía.—Habiendo nacido en Sulmona (*Sulmo patria est mihi*) 43 años antes de Nuestro Señor Jesucristo, fué dedicado por sus padres, que eran del orden ecuestre, al foro, pero sintiendo gran inclinación á la poesía (*quidquid tentabat dicere, versus erat*), dejó todos sus serios estudios por cultivar su afición, que más tarde le acarreó la indignación de César Augusto y su decretado destierro, hasta el extremo de no consentir que nadie le hablara por él, aunque en todas las composiciones que hizo en el Ponto Euxino, adulaba servilmente á Octavio. El pretexto de dicho destierro fué su lasciva obra *De Arte Amandi*, pero graves autores opinan que otro móvil dió lugar á su desgracia, dado que en aquella corrompida ciudad pagana vieron la luz pública obras más perversas é inmorales que está, y si atendemos á su propia confesión, este no tuvo otro fundamento que el haber visto lo que nunca debiera ver, á lo que parece alude en sus palabras *pro culpa scelus esse putet*. Murió en el Ponto á los cincuenta y siete años de edad y siete de destierro.

Pinta, pues, el poeta en esta tierna elegía las lúgubres y patéticas escenas que tuvieron lugar en su casa la noche en que partió para cumplir su destierro; se extiende en tristes descripciones sobre las lágrimas de su mujer y su familia; da, por último, las noticias que pudo adquirir del estado en que aquella quedó, y termina manifestando el deseo de que no muera en brazos del dolor, para poder influir en su favor en el ánimo de Augusto.

(b)

Ausoniae.—Bajo este nombre se comprendía antiguamente una parte de la Italia, y aun la Italia entera.

(c)

Nata.—Alude el poeta á su hija Perila, que se hallaba ausente en las costas de la Libia (Africa).

(d)

Trojae.—Refiérese el poeta en este similitud al momento del asalto de Troya, tal como nos lo describe Virgilio en el libro II de la Eneida. Véase esta nota con más extensión en la (s.)

(e)

Jamque quiescebant.—Denota Ovidio que era pasada más de media noche, pues era la hora de *queda*, tan rigorosamente observada por los Romanos que á esta costumbre se debió que no cayera la córte del imperio de Occidente en manos de los Galos mandados por Breno, dejándose oír perfectamente los agudos chirridos de las aves consagradas á los dioses en el Capitolio, que huian atemorizadas á presencia de los invasores que trepaban por las murallas despertando á los habitantes que, ajenos de todo peligro, se entregaban á un tranquilo sueño.

(f)

Capitolia.—Uno de los siete montículos de Roma, donde había un templo consagrado á Júpiter Capitolino.

(g)

Lari.—Dioses que protegían la morada según las creencias paganas y que recibían culto ardiente constantemente el hogar, próximo al cual se colocaban sus imágenes.

(h)

Dique.—Refiérese el poeta á todas las divinidades que se daban culto en Roma, cuya ciudad llama *alta* por estar asentada sobre siete colinas (Quirinal, Vinal, Esquilino, Aventino, Colatino, Palatino y Capitolino.)

(i)

Coelestique viro.—Así llamaba al César para adularlo y alcanzar el deseado perdón. Véase la nota (a).

(j)

Pro culpa.—Véase la nota (a).

(l)

Deo.—Véase la nota (i).

(m)

Prostrata.—En la casa romana, según queda dicho ya, ardía constantemente el hogar en honor del Dios Lar ó dioses Lares que era el protector de la familia. ¡Tal era la confusión en la casa de Ovidio que este se había apagado! (*extinctos.*)

(n)

Penates.—Venian á ser como los Lares y los llevaban las familias siempre consigo como le aconteció á Eneas al salir de la asaltada Troya, según Virgilio.

(o)

Parrhasis Arctos.—La Ursa ú Osa mayor de Arcadia, constelación formada de siete estrellas, seis de ellas de primera magnitud, que se conocen bajo el vulgarísimo nombre del *Carro* y cuyo movimiento alrededor del polo boreal varía según las horas, sirviendo así de reloj entre los antiguos. Supone la fábula que Calixto, hijo de Licaón, rey de Parrasia ó Arcadia, fué convertido por Diana en esta constelación.

En nuestros días subsiste la misma observación del movimiento de los astros entre los campesinos, valiéndose, según yo mismo he tenido ocasión de ver, de la posición de las Cabrillas ó Pléyades, el Cochero, Cástor y Polux y otras; Cervantes pone en boca de Sancho Panza cuando se hallaba en la aventura de los batanes un caso semejante:

«. . . . dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza y hace media noche en la linea del brazo izquierdo.»

Ovidio, pues, demuestra claramente en este pasaje, que había pasado ya gran parte de la noche, deduciéndolo de posición de la Osa Mayor.

(p)

Scithia.—Escitia ó Tartaria, en el Ponto Euxino ó Mar Negro.

(q)

Thesea.—Teseo, hijo de Egeo, rey de Atenas, tuvo tan fiel amistad con Piritoo que no dudó en acompañarle á los infiernos para robar á Proserpina, arrebatada por Plutón.

(r)

Lucifer.—(*De lux y fero—el que hace ó trae la luz.*) Vénus ó lucero de la mañana, que aparece antes del crepúsculo matutino, con lo que indica el poeta que el nuevo dia estaba muy cercano.

(s)

Priamus.—Alude Ovidio al dolor que experimentó Priamo al contemplar la ciudad de Troya en manos de los tirios. Sabido es que estos intentaban un ardid para apoderarse de la fuerte ciudad que por diez años les ofrecía una tenaz resistencia. A este fin construyen de abetos un monstruoso caballo de madera que colocan en sus abandonados campamentos frente á la sitiada ciudad, no sin que antes entren en su cóncavo maderámen los más esforzados capitanes griegos designados por la suerte; y como Lacoon, sacerdote de Neptuno aconseja á los troyanos que destruyan el caballo de madera por creerlo una máquina de guerra, inclina los ánimos de los suyos en contra de la gigantesca obra griega que creian su salvación. Mas hé aquí que un joven llamado Sinón finge huir de Grecia, se hace llevar á Troya prisionero, é interrogado acerca de quién era, cuenta falazmente cómo iba á ser sacrificado por los griegos, y que el caballo de madera había sido construido en desagravio á la ofendida Pálas. Lacoon y sus hijos al poco tiempo y en el momento de hacer un sacrificio, mueren devorados por dos espantosas serpientes que de la isla de Tenedos vienen á Troya, cuyo hecho consterna á los sitiados, y creyéndolo justo castigo del desacato al caballo y á haber arrojado su lanza contra él, se disponen á reconciliar á Pálas llevándole en procesión á su templo, para lo cual abren una gran brecha en la muralla, no sin que su entusiasmo religioso les haga pasar desapercido en su interior un ruido de armas que suponen engaño de los sentidos. Llegada la noche salen los griegos de su escondrijo, guiados por el traidor Simón, sorprenden á los habitantes entregados al sueño, en la confianza de que los enemigos les habían levantado el sitio y estaban en marcha para su patria, y siembran por doquier el luto y la desolación, facilitando la entrada al griego que se enseñorea en la ciudad, y matando los centinelas que les oponen resistencia.

Después de haber hecho este estudio, ha caido en mis manos otro texto de la Elegia en que sustituye las palabras *Priamus* por *Metius*, *versus* por *versos*, y *equus* por *equos*, cuyo original me parece está más en consonancia con el *pars abrumpi* que antecede

por designar la acción física de arrancar los miembros y no la moral que supone el original que seguí. La explicación de esta versión es como sigue:

Tulo Hostitio, rey de Roma, llamó en su auxilio contra los Fidenates á Mecio Suffecio, dictador de la Albania, mas este aunque en un principio acudió al llamamiento, hizo después traición pasándose á los contrarios, y como Túlio viese desaliento en sus soldados, les gritó: *¡No temais que lo hace por mi consejo!*; con lo que fortificó sus ánimos y aseguró la victoria; más como entre los prisioneros se hallase Mecio, hizo que sus cuatro remos fuesen atados á cuatro caballos, y partiendo violentamente en un momento dado, en distintas direcciones, le despedazaron cruelmente, mordiendo cada uno con un pedazo de su cuerpo.

(t)

Rogos.—Ya se sabe que antes de la Ley de las XII Tablas era cada uno enterrado en su propia casa, más después se labraban sepulcros de piedra en despoblado para cada uno y su familia. Después de muerta una persona, levantábase un gran montón de leña bien seca llamado *pyra*, y sobre esta colocaban el cadáver y después de rociado con aromas y otros licores olorosos, le daban fuego sus mismos parientes, mientras volvían á otro lado la cara y arrojaban todas sus insignias á la hoguera para que fuesen con él pasto de las llamas. Durante el acto, se derramaba sangre humana de esclavos y cautivos, y posteriormente se introdujeron los gladiadores. Una vez extinguida la pira, se recogían las cenizas con el mayor respeto y se metían en la urna cineraria entre flores y perfumes; el sacerdote rociaba á todos con agua para purificarlos y al retirarse, gritaban: *Æternum vale*, y colocaban sobre el sepulcro el epitafio S. T. T. L. (*Sit tibi terra levis.*)

(v)

Vivat.—Pone la confianza de su perdón en los auxilios de su esposa. (Véase el argumento).



